

PÓRTICO

Reus es una ciudad encantadora. Junto al espíritu emprendedor de sus hijos, encontramos virtudes cívicas que la hacen cada día más atractiva y acogedora. Nacida a la sombra de un castillo medieval, extiende pronto el influjo de un dinamismo que la honra y ennoblece. “Reus, París y Londres” significa el valor real de una ciudad que se cotiza por la enorme vitalidad que bulle en su seno. En 1561 comienza a derribar las murallas, porque no se resigna a vivir recluida, y traza las nuevas calles y avenidas para atraer y hermanar los numerosos arrabales que la circundan en un solo nombre: la villa de Reus. Desde entonces, más hermosa y atrayente que nunca se yergue mayestática sobre los pueblos vecinos que la reconocen por “la de mayor contratación y riqueza de aquel partido, tan asistida de mercaderes y mercaderías de todo género, que haze ventaja a muchas ciudades”, como decía el historiador de los carmelitas de Reus.

Reus es toda una institución para la Orden del Carmen, con haber tenido dos conventos carmelitanos –San Juan (1606-1835), de frailes y el que nos proponemos historiar, de monjas (1660)– tiene la gloria de ser la primera ciudad de Cataluña en el porcentaje de hijos que vistieron el sayal de Santa Teresa. Reus ha tenido más de 120 carmelitas descalzos y cerca de un centenar de carmelitas descalzas, algunos de los cuales se han sumado al número de reusenses ilustres entre los muchos que han honrado la célebre villa. El convento de San Juan vino a ser –por expresa voluntad de su fundador, Excmo. Sr. D. Francisco Robuster y Sala, obispo de Vic e hijo de la villa– como el Instituto o Universidad de Reus en los siglos XVII-XIX, por cuanto las aulas de Filosofía o Teología de este colegio carmelitano permanecieron abiertas a los nativos, incluso seculares, varios lustros; donde se celebraban normalmente los capítulos provinciales trienales de Cataluña desde mediados del siglo XVII, y en el que solían retirarse a pasar los últimos años de su vida los venerables religiosos de la provincia carmelitana una vez gastada juventud y madurez en profesorado y superioratos.

Reus no ha perdido todavía nada de su encanto para la Orden; posee el convento de carmelitas descalzas y otros de institutos afiliados al Carmen con la esperanza de que algún día puedan volver los carmelitas descalzos a revivir las glorias del Carmelo reusense. Mientras, sigue representado por los conventos e institutos aludidos, en especial de las genuinas Hijas de Santa Teresa de Jesús, cuya fundación intentamos esbozar en estas páginas sobre las noticias recogidas en nuestros momentos de ocio para dar a conocer –a grandes rasgos– el rico historial de ese palomar teresiano en el curso de los trescientos años de vida carmelitana, unida desde entonces a los gloriosos anales de Reus.

El autor.

* [Publicat a *Boletín de información carmelitana de la Provincia de Nuestro Padre San José de Cataluña*, 10 (juliol-deseembre 1960), pp. 401-432.]

I. ANTECEDENTES - FUNDADORAS - INAUGURACIÓN - PRIMERA RESIDENCIA

La fundación carmelitana de Reus tuvo sus orígenes hacia 1634, y debía erigirse nada menos que en la vecina villa de la Selva del Camp, cuando el Sr. D. Rafael Ripollés hizo testamento de 44.000 ducados a favor de la Orden, estableciendo fundasen en su pueblo natal dos conventos: uno de religiosos y otro de monjas, invirtiendo 24.000 para los primeros y lo restante a beneficio de las segundas. Pero a la hora de la verdad, esa considerable dotación se halló reducida a 28.817 ducados que apenas permitieron llevar a cabo el establecimiento de la comunidad de frailes descalzos en la Selva. Es cierto que 4.800 de estos ducados se reservaron para el futuro convento de religiosas, puestos en buena renta en espera de que el caudal aumentase e hiciera factible el segundo deseo del Sr. Ripollés.

Pasados algunos años, comenzó a pensarse que la villa de la Selva no sería una residencia ideal para albergar otro convento, y menos de vida contemplativa, cuando por otra parte la famosa dotación ofrecía pocas posibilidades para efectuar en breve la fundación carmelitana. Consideradas ambas razones, diéronse los pasos necesarios para la ideada comunidad, si bien en otro lugar más rico y menos gravado de conventos cual era la villa de Reus. El provincial Fr. Dionisio de la Cruz –alma de la nueva casa– encomendó el estudio canónico-moral del asunto al P. Isidro de la Asunción, a la sazón lector de Moral en el colegio carmelitano de aquella villa, quien recabó del Sr. Arzobispo de Tarragona todos los permisos necesarios con tal que la ventilada fundación tuviera efecto dentro del arzobispado. Desde entonces trabajó ya en serio para llevar carmelitas descalzas a Reus.

En un principio no faltaron enemigos de la nueva casa, pero el señor arzobispo, Excmo. Sr. D. Francisco de Rojas, señor de la villa, allanó todas las dificultades y se constituyó en mecenas de las futuras descalzas reusenses. D. José Figueras y su esposa D. Susana, a 24 de junio de 1660, “cedieron una casa y huerto” para la pretendida fundación, y pocas semanas después (16-VII-1660) engrosaba la incipiente propiedad monjil el Sr. D. Jaime Durán ofreciéndoles otra casa contigua a la citada, todo en el barrio de Monterols. Claro que todas estas donaciones no fueron suficientes para levantar el convento, por lo que el 7 de julio de 1662 se compró a D. José Miró “un huerto”, y “un patio” a la comunidad de presbíteros de Reus.

Así que el provincial tuvo los permisos en la mano –sin reparar quizá lo debido en el albergue y ajuar de las monjas– señaló las fundadoras y procedió a su inmediata instalación. Éstas fueron: M. Catalina de la Concepción, de Vallmoll (Tarragona); M. Teresa del Niño Jesús, de Reus; M. Catalina del Espíritu Santo, de Barcelona, y la M. Ana María de la Resurrección, del Milà (Tarragona), todas profesas de la comunidad de Barcelona. Como la M. Catalina de la Concepción se hallaba de priora en el convento de Huesca, fueron a por ella el P. Juan de la Concepción, prior de Lleida, el P. Pedro de San Juan, rector de Huesca, el Dr. D. Vicente Santolaya, racionero de la iglesia de San Lorenzo, luego obispo electo de Jaca, la Sra. D^a Victoria de Torquemada con sus criadas. Salieron de Huesca el 21 de agosto de 1660 y el 5 de septiembre estaban en Valls esperando órdenes del P. Provincial. Éste venía de Barcelona acompañando a las otras monjas con algunos religiosos y familiares de las mismas. El 2 de septiembre habían salido de Barcelona haciendo noche en Martorell, Arboç y Tarragona. A 5 de septiembre reanudaron la marcha hacia Reus con el Sr. Arzobispo que se unía a la piadosa comitiva para presidir los actos inaugurales. En la ermita de Ntra. Sra. del Rosario –muy cerca de la localidad– se encontraron con la M. Catalina que acababa de llegar de Valls y todos juntos se encaminaron a la iglesia parroquial “que estaba muy prevenida aguardándolas. Recibiólas todo

el clero revestido; y al entrar se entonó el *Te Deum laudamus*, que se cantó a tres coros, estando en el ínterin las religiosas en el presbiterio. Acabada la función, que toda se hizo con grande repique de campanas, y regocijo de todo el pueblo, fueron acompañadas de numeroso concurso a la casa que tenían prevenida para su habitación, hasta que se hiciese convento. Halláronla tan limitada y pobre que la pudieron comparar con aquellas primeras q. admitió N. S. Madre en sus más pobres fundaciones”.¹

Los días 6 y 7 de septiembre se pasaron en alinear y aderezar la humilde vivienda –en la calle de Rosselló– a modo de convento, en espera del que se les debía edificar exprofeso. Muchas fueron las personas, que se ofrecieron incondicionalmente a las religiosas –para honra de la ciudad– desde el primer momento en que pisaron las fértiles tierras del campo tarraconense, lo que no quita pasaran sus privaciones...

Hechos los preparativos imprescindibles, con los trabajos e insomnios que cabe suponer, amaneció el 8 de septiembre, día prefijado para la inauguración oficial de la fundación. La villa entera se concentró en el punto de reunión que era precisamente la prioral de San Pedro, a donde acudieron las religiosas fundadoras. Se cantó un solemne oficio actuando de celebrante el Sr. Arcediano y con sermón a cargo del P. Juan de la Concepción, prior de Lleida y famosísimo predicador, luego general de la Orden. Acabado el oficio organizóse “una gravísima y numerosa” procesión con el Santísimo, que llevaba bajo palio el mismo celebrante, para instalar la Reserva en la nueva casa, hallándose las calles del itinerario ricamente engalanadas mientras se cantaban “las letras y villancicos” que se habían compuesto exprofeso. El Sr. Arzobispo presidió todos los actos. “Toda aquella tarde y noche se hicieron en la villa grandes demostraciones de regocijo, significando con luminarias, bailes y fuegos, la alegría y estimación con que recibía por sus vecinos las Hijas de la grande Teresa”.² El convento se puso bajo la advocación de la Inmaculada Concepción.

II. CONTRARIEDADES - CONVENTO DEFINITIVO - NUEVA IGLESIA - BIENHECHORES

Obra que no lleve el sello de la contradicción parece que le falta un requisito muy de Santa Teresa. Cuando la Madre “inquieta y andariega” iba recorriendo los páramos castellanos levantando palomarcitos de la Virgen, no veía la mano divina hasta que le salían al encuentro reveses y contrariedades. Las descalzas de Reus –cual hijas de tal madre– sintieron la mano cariñosa del Señor que las probaba en el crisol de la pobreza material, pese a los bondadosos benefactores que pronto citaremos.

La casa provisional que habitaban –pequeña y vieja– no reunía las condiciones elementales –ni mucho menos– para albergar una comunidad de carmelitas descalzas por muy microscópica que fuera, por esto al fin tuvieron que abandonarla amenazando ruina. Un carpintero –Magín Mattheo– les ofreció su casa mientras aguardaban el momento oportuno de instalarse en la morada definitiva.

El día 8 de diciembre de 1661, día de la Purísima Concepción, titular de la casa, se trasladaron al nuevo convento, cuya primera piedra se había colocado el 19 de julio del mismo año. El acto revistió gran solemnidad con la presencia del Sr. Arzobispo, Rdo. P. Provincial, Fr. Juan del Espíritu Santo, autoridades y numerosos fieles. Predicó el P. Miguel de San José, aventajado orador de la provincia. “Muy alegres quedaron las religiosas, viéndose en su casa propia, y con la libertad de poder seguir todos los ejercicios

1 *Anales*, lib. 5, cap. 26, n. 1426, p. 460.

2 *Ibid.*, n. 1427.

de su observancia y devoción. Y aunque poco a poco iban prosiguiendo la obra del convento –bajo la dirección de Pablo Magarolas y Juan Pujol– no tenían esperanzas de poder hacer iglesia, por falta de medios”.³ Este convento estaba enclavado en lo que es hoy el Casino y Teatro Fortuny y gran parte de la actual plaza de Prim. No era ninguna obra de arte, pero cumplía muy bien el fin para el que se había levantado. La Sta. Madre, Teresa de Jesús, no quería que sus hijas tuvieran casas “grandes” y curiosas que se han de caer el día del juicio.⁴ Constaba de un solo piso, claustro interior de piedra y mampostería con las celdas y oficinas conventuales suficientes. Poseía también una hermosa huerta para “regalo y recreo” de las religiosas, “muy bien cuidada, con abundante agua, que además de ser utilizada en el mismo, alimentaba una fuente pública de tres caños que existía en la fachada de la Plaza”.⁵ El edificio –empero– no se acabó cumplidamente hasta el año 1724.

Hemos aludido a la falta de medios para construir la iglesia contigua, y que las religiosas lamentaban no poder satisfacer las obligaciones corales decentemente. La providencia divina –que a veces aprieta pero nunca ahoga– les deparó un insigne benefactor en la persona del piadoso reusense Sr. D. Gaspar Huguet, casado con D^a Mariana Salas, quienes sufragaron los gastos de la iglesia. Con tan buenos padrinos colocóse la primera piedra el 23 de abril de 1687 por el Sr. Arcipreste, asistiendo el sr. Arzobispo D. José Sanchiz, y el capítulo provincial en pleno de los carmelitas descalzos que fortuitamente se hallaba reunido en la misma ciudad para los cambios trienales de la provincia de Cataluña. La obra duró once años, en cuyo lapso murió el Sr. Huguet, respondiendo de los restantes gastos su señora esposa, gracias a la cual se llevó a feliz término para 1698. El 1 de abril de este año se inauguró y colocó el Santísimo Sacramento, con muy cumplida solemnidad y fiesta”, en la que predicó el P. Mauro de Jesús María, carmelita descalzo, así como también el siguiente día a la memoria de las religiosas y bienhechores fallecidos desde la fundación del convento.⁶ “Salió la iglesia muy hermosa y agraciada. Tiene cuatro capillas, y en ellas cuatro retablos, y cuatro lámparas, con todos sus adornos, y requisitos”.⁷ “No era muy espaciosa y su fachada daba a la plaza, frente a la salida de la puerta de Monterols. Uno de los lados colindaba con la entonces calle de Padró y hoy de Llovera. La plaza era entonces en forma triangular. En el interior existía un pequeño crucero, a mano izquierda del cual estaba la reja... [del coro bajo]. Encima de la mencionada reja aparecía la sepultura de Gaspar Huguet y su esposa Mariana Salas, y al pie del presbiterio, en una cripta, yacían los consortes Carlos del Castillo y Mariana Salas, sobrina de la anterior. El escudo de armas de estos dos últimos, grabado en piedra, se veía en la fachada que daba a la calle del Padró.”⁸ El retablo del altar mayor –de estilo barroco, y salvado en la destrucción de 1868– puede apreciarse en una de las fotografías que ilustran la presente memoria tal cual se logró restaurar en la actual iglesia de la calle

3 Ibid., cap. 27, n. 1430, p. 462.

4 *Camino de perfección*, cap. 2, n. 9.

5 FORT, p. 58.

6 Con motivo de estas fiestas se predicaron dos sermones que luego vieron la luz pública bajo un título tan elocuente como éste: *Lustre de los Vivos, y Resplandor de los Muertos. Descifrados en dos Oraciones Evangélicas, una Panegírica, y otra Fúnebre, que en Traslación del Santísimo Sacramento, y de los Simulacros de la Purísima Concepción, y de San Pedro de Alcántara, de el antiguo al nuevo Templo, que comenzó el Doctor Gaspar Uguet, y acabó por su muerte, la Señora Mariana Uguet su piadosa consorte en el convento de Carmelitas descalças de la Villa de Reus en el Principado de Cataluña, predicó el R. P. Fr. Mauro de Jesús María, Religioso descalço de Nuestra Señora de el Carmen de la primitiva Observancia. A 1 y a 2 de Abril. Año 1698*, Barcelona: Por Rafael Figueró, 1698. Constaba de 2 h. y 46 pp. en 4º.

7 *Anales*, lib. 5, cap. 27, n. 1432, p. 463.

8 FORT, pp. 56-58.

Cervantes antes de su desaparición completa en la quema de 1936. En el nicho central figuraba la imagen de la Inmaculada, titular de la casa y a ambos lados la escoltaban santos de la Orden, entre ellos S. Elías, Sta. Teresa y S. Juan de la Cruz.

Entre los mejores benefactores del convento carmelitano hemos de colocar –sin duda alguna– a los Sres. Huguet y Salas, patrocinadores de los cuantiosos gastos de la iglesia, a favor de la cual cedieron su patrimonio en testamento de 18 de diciembre de 1701.⁹ Hay que mencionar también al Excmo. Sr. D. Francisco Rojas y Borja, digno arzobispo de Tarragona en los comienzos de la fundación, interesado como el que más en que Sta. Teresa entrara oficialmente en su archidiócesis a través de sus hijas las carmelitas descalzas. Mucho les deben nuestras religiosas a los esposos D. Carlos del Castillo y D^a Mariana Salas, generosos colaboradores de sus tíos en la obra benéfica reusense. Otros muchos podríamos citar que desde los días de la fundación han contribuido con sus limosnas a aminorar la pobreza de esta santa comunidad, sobre todo en los trastornos políticos de 1835, 1868 y 1936 que tanto afectaron a los escasos recursos económicos que poseían. No cabe duda que estas santas religiosas sabrán agradecer –como lo hicieran sus predecesoras– encomendando incesantemente a Dios a esa pléyade de generosos benefactores reusenses.

III. VIDA DE COMUNIDAD - LA MANO DE DIOS - PAZ EN EL CARMELO

Una vez acomodadas definitivamente en su querido palomar diéronse de lleno al cumplimiento de la vida regular hasta los mínimos detalles ¡Buenas son las carmelitas descalzas para descuidar cualquier insignificancia legislativa! En los carmelos de Santa Teresa se hila muy fino; son para almas delicadas... Cuando en el cielo se rasguen los humanos velos que ahora cubren las inteligencias mezquinas de los hombres, veremos frutos copiosísimos cosechados en las soledades del Carmen...

A las cuatro fundadoras se unieron pocos días después de la inauguración otras tantas postulantes deseosas de soledad y retiro. Con ocho religiosas pudo ya establecerse la observancia regular con toda perfección aun cuando costara grandes esfuerzos... Y como no tardaron en ir aumentando el número de peticiones fue también en auge la comunidad. Hacia 1664, los superiores mandaron otras dos religiosas profesas, una del convento de Barcelona, la M. María de los Ángeles, y la otra de Valencia llamada Margarita de la Cruz, ambas muy buenas religiosas, que no tardaron en dirigir los destinos del carmelo reusense.

La primera superiora, en calidad de vicaria, fue la M. Catalina de la Concepción, religiosa muy competente, priora ya en el carmelo de Huesca. Tuvo que afrontar las grandes dificultades y problemas de una comunidad naciente durante los cuatro primeros años (1660-1664), y luego en 1672. Para maestra de novicias se escogió a la M. Catalina del Espíritu Santo, alma muy delicada y celosa en el ejercicio de la virtud que, junto con sus restantes fundadoras –de las que hablaremos más adelante– echaron sólidos cimientos de observancia carmelitana que legaron a las generaciones posteriores un genuino espíritu teresiano.

El historiador descalzo de la provincia, Fr. Juan de San José, encomia la vida ajustada de Reus: “Qualquier descuido, por menudo que fuese, se ponderaba grandemente y se corregía con severidad. Así se observaba el silencio por casa, el recogimiento en las celdas, la gravedad, modestia y demás mortificaciones, y costumbres, como en la casa

9 TODA, p. 160.

más observante y comunidad más numerosa. Faltar a la oración, no se permitía a nadie, si no era inevitable la ocasión. La oración era casi continua; porque a más de las dos horas de comunidad, era mucho el tiempo que de día y de noche gastaban aquellas benditas almas en el coro. Y echó tan hondas raíces esta costumbre, que siempre se ha continuado –no faltando jamás quien haga largas vigias, o acostándose muy tarde, o levantándose muy temprano para asistir a su Majestad en el coro”.¹⁰

La mano bondadosa de Dios –haciéndonos eco de algunos casos curiosos citados por el autor antes aludido– se ha dejado sentir visiblemente por esa santa morada.

Refiérese que con motivo de las fiestas de la beatificación de San Juan de la Cruz se derramó sobre “una rica banda encarnada” que acababa de utilizarse en el oficio “una cazoleta de olores” que la dejaron completamente negra. Un piadoso señor –el conocido Gaspar Huguet– queriendo evitar el disgusto a las religiosas se la lleva a casa, y cuál no fue su admiración al comprobar al día siguiente que sin preocupación alguna había recobrado su antigua hermosura...

Una noche, Benito, un viejo pero bondadoso vecino de las monjas, oyó que sonaban las campanas de su querido convento, y sin pensarlo demasiado se levantó de la cama y personóse al torno para ofrecer sus servicios. Luego resultó que las religiosas seguían su vida ordinaria y las campanas de Benito habían advertido que la puerta de la calle se hallaba aún abierta, con el consiguiente peligro para la indefensa comunidad.

En los bienes materiales y necesidades económicas nunca les ha faltado lo imprescindible, aun cuando el Señor se haya servido de medios nada frecuentes.

Un día encontróse la Hna. Gertrudis del Niño Jesús a la hora de cenar que no había en la casa otra cosa que escudilla para las religiosas, mas no tardó en llamar al torno una señora regalando a la comunidad “unas tortas de atún muy bueno”.

En otra ocasión mandó la madre priora hacer una imagen de la Virgen, pero a la hora de ajustar cuentas no había manera de entrar en razón porque la caja estaba vacía. Llamó a las clavarias –consejeras– para ver de solucionar el problema y todas a una dijeron: “Madre, en el arca no ai cosa”. Mas movida la superiora por cierto impulso interior abrió la caja donde se guardaban los fondos económicos de la comunidad y con gran estupor pudieron comprobar que salía “un doblón” con que pagaron la imagen.

Ocasiones hubo en que las manos humanas de sus bienhechores se purificaron a través de las limosnas hechas a nuestras monjas. Precisamente el año 1671, siendo priora la madre María de los Ángeles, las sacó de apuros económicos un militar nada devoto, pero quiso satisfacer, por cuenta propia, los gastos de reparación del lienzo de la Virgen que presidía en el altar mayor. Llevóse el cuadro a casa, donde vivía quien no era su propia mujer, y parece que las oraciones de las religiosas y la presencia de la Virgen Santísima trocaron aquellos dos corazones volviéndolos al camino de los mandamientos de la ley de Dios.

Sta. Teresa de Jesús ha dicho que sus conventos son “un cielo, si le puede haber en la tierra; para quien se contenta sólo de contentar a Dios”.¹¹ No cabe duda que únicamente en esos nidos de almas puras puede hallarse la verdadera paz, esa paz que sólo gozan las almas solícitas a las llamadas divinas. Para una carmelita descalza no hay problemas; vive únicamente para Dios guiada por la obediencia que a cada instante le indica bajo qué traje se disfraza el Señor: coro, mortificación, oración, silencio, quehaceres domésticos... secretos de la paz en el Carmelo. Y no porque el Señor deje de probarlas con múlti-

10 *Anales*, lib. 5, cap. 28, n. 1434, p. 463.

11 *Camino de perfección*, cap. 13, n. 7.

ples adversidades, algunas de las cuales hemos ya mencionado. Recuerdo otro que puso a prueba toda la fe de nuestra comunidad.

El 28 de agosto de 1699 se desencadenó una tormenta de espanto por toda la comarca. Los truenos y relámpagos estaban a la orden del día sucediéndose sin contemplaciones. Las religiosas atemorizadas fueron a vísperas con la Veracruz que colocaron en el altar del coro con seis velas ardiendo. Más muertas que vivas comenzaron el rezo y al entonar el segundo salmo, en las palabras “in consilio justorum” un estrepitoso trueno arrojó dos chispas eléctricas que entraron simultáneamente en el coro, una por la ventana y la otra por el campanario. La primera dio contra la imagen de la Virgen del Carmen que presidía quemándole parte del vestido, luego contra la madre priora –Mariana del Niño Jesús– que le rozó las espaldas y de aquí al cuadro de San José señalando el marco, contra otro de Cristo en la columna, y por fin salió del coro por la puerta, llevándose un pedazo de pared y echando al suelo a dos hermanas de velo blanco, una de las cuales perdió el sentido. Menos compasiva fue la otra chispa, entrando al coro por el campanario, quemando un cuadro de la Virgen de la Esperanza y otro de San Jerónimo e hirió a la hermana Francisca del Espíritu Santo que no tardó en morir, atravesándole cuello y pecho, donde hallaron derritida una imagencilla de bronce de la Virgen que llevaba al pie del crucifijo, maltratando asimismo a todas las demás de este coro y derribándolas al suelo. Debajo de la hermana difunta hallaron que la furibunda chispa había levantado cuatro ladrillos del piso y rompiendo la bóveda del piso salió a la calle no sin antes echar al suelo a dos hombres que se habían refugiado en la puerta de la iglesia. La comunidad quedó consternada, por doquier imperaba el pánico y el terror. Menos mal que no tardaron en comparecer dos padres carmelitas, el prior fr. Diego de Sto. Tomás, y el profesor fr. Salvador de la Madre de Dios, dos médicos y otros tantos cirujanos, que restablecieron la paz y la calma en la alborotada familia religiosa. La prueba de Dios había sido muy fuerte, pero la superaron dignamente acatando sus designios, para volver a vivir la vida sosegada y pacífica que es fruto de la espiritualidad carmelitana.

IV. PRIMERAS FLORES DE SANTIDAD: CATALINA DEL ESPÍRITU SANTO, CATALINA DE JESÚS, MARÍA DE LOS ÁNGELES, CATALINA DE LA CONCEPCIÓN Y CECILIA DE SAN JOSÉ

Un jardín tan delicadamente cultivado no podía tardar en ofrecernos exquisitas flores de virtud y santidad. Los *Anales* de la provincia carmelitana de Cataluña mencionan a más de diez religiosas de esa comunidad dignas de memoria, a los cincuenta años de haberse fundado el convento de Reus. Nosotros no podremos incluirlas todas ni ser tan extensos en su recuerdo, porque aparte de que no intentamos hacer una historia completa de ese cenobio descalzo, son muchas, ahora las religiosas que desde aquellas fechas –tres veces centenarias– han desfilado por este vergel reusense acreedoras a nuestra atención y memoria.

Parece que la primera flor que el Señor quiso para sí de entre las encarnadas flores del Carmelo de Reus fue la M. Catalina del Espíritu Santo, natural de Barcelona, de una noble familia de los Bofill y Pujadas. A los 24 años profesó en el convento de descalzas de su ciudad natal (3-VI-1649), de donde la sacaron los superiores para implantar la vida regular en la nueva casa de Reus. Dos virtudes la hicieron singularmente ejemplar: La humildad que siempre profesó y la caridad desinteresada y ardiente de un corazón generoso para con el prójimo. Sanas y enfermas tenían siempre en la M. Catalina su consuelo y alivio. La devoción predilecta de la madre fue el Espíritu Santo, quien le infundía las luces interiores de que estuvo agraciada, que buena falta la hicieron en los

dos últimos años de vida terrena, cuando el Señor la mandó “gravísimos dolores de una pierna, con continuas penas y sequedades interiores”.¹²

El 5 de enero de 1673 pasaba a mejor vida la Hna. Catalina de Jesús, de velo blanco, otra joya de santidad. Una religiosa que al parecer se connaturalizó con los desprecios humanos. Le salieron al encuentro tan pronto como despertó a la razón. Sus padres murieron siendo todavía muy niña y los tíos tutores, sin muchas contemplaciones, la pusieron al frente de ganado lanar de la casa. Más tarde la llevaron a servir a Barcelona, y su dueña la maltrataba sin compasión, llegando a pisotearla. Finalmente pasó al servicio de la madre abadesa del monasterio de San Pedro, de benedictinas de Barcelona, y al calor de tan santas religiosas, modelóse su vocación carmelitana. Al venir las fundadoras a Reus se la trajeron para postulante y así vino a ser la primera “hermanita” del convento. Ciertamente fue una providencia de Dios contar con ella por su temple caritativo y solícito en atender y remediar cualquier necesidad, máxime en los tiempos difíciles “del principio de la fundación”. Era alma de grande oración y sacrificio, alas con que la carmelita se remonta a la cumbre de la santidad. “En la pobreza se regalaba. Lo más pobre y desechado avía de ser suyo en todas las cosas”.¹³ De ella se cuentan también hechos proféticos que para no extendernos en demasía omitimos. Había nacido en Piera (Barcelona).

La M. María de los Ángeles llegó a Reus cuatro años más tarde que las fundadoras, pero hizo tan buen papel en el nuevo convento que podemos muy bien considerarla cofundadora. Era natural del lugar de Ogern, obispado de Solsona y dentro de la baronía paterna, hija de don Guillermo de Josa y D^a Rafaela de Granollachs. A los doce años obtuvo permiso para ingresar a la Orden en el convento de Barcelona, y en él profesó a los dieciséis el 21 de noviembre de 1616. “El primer oficio que tuvo fue de enfermera, en que halló campo abierto su caridad para desahogar sus reprimidos ardores. Jamás excusó trabajo en que pudiese ser de algún alivio a sus enfermas. Era la alegría y consuelo de todos, porque toda se desacia en servir las y regalarlas, con tanto amor y cariño... que las llenaba de devoción el alma...”¹⁴

Cuando era tornera y notaba que la comunidad andaba escasa de recursos, acudía al Niño Jesús que tenía a su cuidado desde el noviciado y le colocaba “unos dinerillos” en el bolsillo que le había hecho diciéndole: “Señor, estos os doy para que me deis más”,¹⁵ donde en más de una ocasión halló la cantidad precisa. Un día, durante los maitines se le apareció la Virgen Santísima que agradecida por las alabanzas que le tributaba la comunidad (en la vigilia del Carmen) abrazaba a cada una de las religiosas, y al llegar a ella la dijo: “Esto se pierde, hija, quien no asiste en el coro” (ibid.).

En 1664, el P. General la dio patente de vicaría para la comunidad de Reus, a donde llegó el 12 de marzo del mismo año. Se trataba de una religiosa experimentada en el gobierno, puesto que ya había sido priora de Barcelona por espacio de tres trienios, y los superiores juzgaron necesaria su intervención en Reus. Se cuentan maravillas del trienio de la M. María; en cierta ocasión les faltaba aceite y la madre llena de fe dijo a una religiosa: “Hermana, no tenemos aceite, pero vaya su caridad con fe a sacarlo de la tinaja, y tenga cuidado de llevarlo a la cocina siempre que sea menester, y haga que no falte allá, hasta que yo le diga otra cosa”.¹⁶ La providencia del Señor duró más de diez

12 *Anales*, lib. 5, cap. 31 n. 1456, p. 473.

13 *Ibid.*, n. 1471, p. 477.

14 *Ibid.*, lib. 6, cap. 18, n. 1801, p. 581.

15 *Ibid.*, n. 1804.

16 *Ibid.*, cap. 19, n. 1815, p. 584.

días, porque apurando en cada ocasión la tinaja la volvían a encontrar cada vez que iban a por otras raciones.

Durante las obras del convento llegó a escasear el agua de la ciudad de tal manera que las religiosas se vieron obligadas a sacarla de su pozo que también vino a agotarse. Entonces la priora rogó a las monjas se colocaran alrededor del pozo y rezasen arrodilladas una Salve a la Virgen María para que las socorriera en aquella necesidad. “Al levantarse mandó que prosiguiesen en sacar agua... y alabando a Dios con devoción, sacaron el agua que fue menester para la cal, sin que se volviese a agotar el pozo: de que aún ai ahora testigos de vista que lo deponen”.¹⁷

Al fin de sus días la probó Jesús con tremendas sequedades espirituales, seguramente para prepararla al desposorio eterno, recomendándola se interesara únicamente del “amor, desapego y humildad”. Murió como una santa, con los ojos fijos en el crucifijo, rodeada de la comunidad de la que se despidió cariñosamente y repitiendo las palabras del salmista: “In te Domine speravi, no confundar in aeternum”. Ocurría su preciosa muerte a las nueve de la noche del 14 de septiembre de 1672.

Alma de la nueva comunidad era la M. Catalina de la Concepción, primera superiora, y a la que el Señor llamó a la gloria en el segundo trienio de su gobierno.

Vino al mundo en Vallmoll (Tarragona) el 30 de junio de 1606, donde sus nobles padres poseían grandes propiedades. Se llamaban don Juan de Boixadors y D^a Isabel de Rocabertí, hija de los condes de Perelada. La infancia y juventud de la niña bautizada con el nombre de Catalina fue muy parecida a la de Santa Teresa de Jesús. A la candidez, piedad y fervor de los primeros años siguiéronse otros más frívolos y llenos de pasatiempos vanidosos y de bien querer... Poseía prendas de naturaleza extraordinaria. El día de la conversión de San Pablo sintió interiormente la voz del Señor que la llamaba a vida más santa y determinóse a ingresar religiosa carmelita descalza en el convento de Barcelona, que ya conocía. Cuando su padre conoció la decisión de la hija contrarióse grandemente llevado del amor que la profesaba, procurando por todos los medios posibles desistiera del propósito. Dos años le costó vencer la oposición paterna y luego la de su madre que deseaba fuera religiosa mínima; pero pudo con todos los obstáculos y logró sus santos deseos ingresando en su querido convento descalzo de Barcelona el 2 de febrero de 1624, en la flor de la edad. El mismo día recibió el santo hábito de manos del Sr. Obispo con el nombre de Catalina de la Concepción. Durante el noviciado, la madre maestra Teresa de Jesús la probó muchísimo, exigiéndole sacrificios para vencer la natural comodidad en que había vivido en su holgado hogar. Una vez la pidió mudase el velo limpio que llevaba por el de la hermana cocinera. Correspondiendo a las pruebas, crecía en la virtud. En cierta ocasión, una persona devota vio a Cristo clavado en la cruz y con él a la M. Catalina en el momento que Jesús decía: “Esta es mi esposa Catalina de la Concepción que quiero hacer semejante a mí en el padecer...”¹⁸ Profesó el 3 de febrero de 1625, incorporándose así definitivamente a la Orden que siempre amó entrañablemente. Las guerras patrias (1640-1659) la obligaron a salir de Cataluña (al considerar adicta su familia a otra causa que no era la del Principado). Velando por ella, los superiores le facilitaron toda clase de medios para trasladarse al convento de Zaragoza hacia 1645. Cinco años permaneció aquí, incomprendida por la mayor parte de la comunidad hasta que los prelados la invitaron a pasar al nuevo convento de Huesca. En esta morada –pacífica y tranquila– visitóla Dios N. S. con males corporales que le duraron algunos años. Prendada la comunidad de sus virtudes y dotes la eligieron priora (1657-1660),

17 Ibid., n. 1817, p. 585.

18 Ibid., cap. 21, n. 1836, p. 591.

mejorando el estado económico de la casa y el número de religiosas que con su crédito atrajo para la Orden. De aquí tuvo que salir como superiora-fundadora del convento de Reus en agosto de 1660. Ya hemos dicho en otro lugar lo que la M. Catalina fue para esta casa. Al año escaso de la llegada cayó gravemente enferma y hubieronle de administrar los santos sacramentos. La velaba una noche la hermana enfermera que rendida por los trabajos del día se durmió. Al volver en sí se dio cuenta la enferma que su ayudante se sonrojaba, por lo que pacíficamente la dijo la M. Catalina: “No tenga pena, hija, que mayor gusto me ha dado el verla dormir que todo el alivio que me podía dar”.¹⁹ No murió aún de esta enfermedad, porque Jesús la reservaba todavía otros sufrimientos de parte de los buenos, que son los peores. No congeniaba con una de las cofundadoras y sólo Dios sabe los esfuerzos que tuvo que hacer para mantener la paz de la comunidad.

Vieja y achacosa fue elegida otra vez priora, consolándola el Señor de su pena por la gran responsabilidad al asegurarla no tardaría en morir, como se cumplió a los dos meses escasos. El 13 de febrero de 1673 rendía tributo a la muerte, dejando tras sí una estela imborrable de santidad, “hija de N. M. S. Teresa, de las más heroicas que han seguido sus pisadas, y han imitado sus virtudes”.²⁰ Al ver que se acercaba su fin llamó a los padres carmelitas para que la administrasen los santos sacramentos y en medio de una paz y serenidad indecibles entregó su alma al Creador. A las veinticuatro horas de muerta todavía tenía el cuerpo “agradable... y flexible... como si estuviera vivo”. La ciudad entera acudió a honrarla en las pompas fúnebres que resultaron lucidísimas con la presencia de muchos religiosos y sacerdotes de la villa.

La primera hija de Reus que entró en este convento fue una venerable viuda, penitente asidua de la iglesia de los padres carmelitas de la localidad. Desde jovencita había sentido gran inclinación a la vida religiosa, pero como no había convento a su alcance, aceptó el estado de matrimonio. Éste no fue tan feliz como se esperaba, ya que el único hijo murió al año de nacer y su esposo tardó poco en seguir la misma suerte, gastando la viudez en obras de caridad hasta que con la llegada a Reus de las carmelitas halló la puerta abierta para llevar a cabo sus antiguos deseos. Ingresó el día del Carmen de 1661 tomando el nombre de Cecilia de San José, a los 40 años de paso, trayendo consigo 1.200 libras de alajas y rentas que poseía. Amada y querida de todas pasó los 28 años de religiosa sembrando el bien por doquier, dando ejemplos de humildad y caridad dignos de encomio. Murió el 26 de noviembre de 1689, festividad de los Desposorios de la Virgen.

V. OTRAS VIDAS EJEMPLARES: TERESA DE LA CRUZ Y MARÍA ANTONIA DEL ESPÍRITU SANTO

A los treinta años escasos de la fundación volaba a la patria celestial otra flor de santidad fraguada en este fecundo Carmelo; nos referimos a la hermana Teresa de la Cruz, en el siglo Teresa Montagut, natural de Balaguer (Lleida), una mujer digna de los tiempos heroicos del cristianismo por su temple valeroso y carácter emprendedor, arrojando mil y mil dificultades. Estuvo casada en segundas nupcias con un paisano suyo llamado Dionisio Novell, de cuyo matrimonio tuvieron tres hijos, uno de los cuales murió muy joven. Viviendo en Barcelona se dirigía con los padres carmelitas descalzos llevándola por la senda de una gran santidad. Tres días a la semana iba por los hospitales y casas de beneficencia con sus dos hijos repartiendo a manos llenas regalos y consejos espirituales para alivio de aquellos necesitados. A la par mortificaba el cuerpo con

19 Ibid., cap. 22, n. 1848, p. 595.

20 Ibid., cap. 20, n. 1827, p. 588.

duras penitencias, mientras por otra parte se daba al ejercicio de la oración mental con grande provecho y adelanto en la virtud. Era lógico, pues, que la vida seglar no llenara sus ambiciones de perfección. De ahí le nació la idea de abrazar el estado religioso. Consultó con sus directores, obtuvo los debidos permisos, y gracias al generoso consentimiento del venerable esposo e hijos voló al Carmelo de Reus a dar rienda suelta a sus anhelos de santidad. El 7 de marzo de 1670 se abrían de par en par las puertas del convento de Reus para Teresa Montagut, que en religión quiso llamarse Teresa de la Cruz, poco después su marido e hijo la seguían a la vida religiosa, y ahí tenemos toda la familia Novell trasplantada al Carmen: ella, Teresa de la Cruz, el marido Fray Dionisio de la Cruz en los carmelitas descalzos de Barcelona, y los hijos convertidos en el P. José de Santa Teresa y la hija en las descalzas de Mataró con el nombre de Teresa de San Nicolás.

En la nueva vida se abrazó de tal manera a la cruz que “no se vio en ella, sino mortificación, humildad, abatimiento y trabajos”. No había venido a mandar, por esto la obediencia le era muy dulce y todo lo que era caridad para con las hermanas lo posponía a sus intereses y comodidades. Dondequiera que hubiese necesidad de brazos, allí estaba, con sus cuarenta y ocho años de edad y toda una mocedad gastada al servicio de un hogar, la Hna. Teresa de la Cruz repitiendo con gracia: “Nosotras, las mozas, abemos de ir adelante”. Todos los días se levantaba una hora antes que la comunidad para leer un capítulo de las obras de San Juan de la Cruz. Siendo sacristana, tuvo grande esmero en tener ordenado y limpio todo lo del culto divino. Con el fin de que nunca le faltasen flores para el Santísimo y altares, se las apañaba plantando y cultivando ella misma los rosales de la huerta conventual.

“Teresa, padecer y más padecer por mi amor”, la decía N. Señor en los últimos años de vida. Por cierto que supo corresponder generosamente a los dolores físicos que le acosaron en los años posteriores, en medio de los cuales solían recrearla con su presencia Jesús y María. A la hora de la muerte entró su hijo a administrarle los santos sacramentos que recibió con gran devoción pidiendo perdón a las religiosas de los malos ejemplos –decía ella– agradeciendo al Señor, en aquellos momentos sublimes, el inmenso beneficio de morir carmelita descalza. Ocurría esto el 6 de diciembre de 1691, a la edad de 71 años y 21 de vida religiosa.

La Hna. María Antonia del Espíritu Santo, natural de Reus, es hija también de esta comunidad, a la que honró con una vida tan santa como ejemplar. Pocas noticias, sin embargo, han llegado hasta nosotros. Al morir, mediado el año 1723, los superiores provinciales mandaron recoger sus escritos y averiguar sus virtudes, gracias a lo cual se guardan 23 cartas espirituales dirigidas al P. Francisco de Jesús María,²¹ prior a la sazón de Barcelona, que la había tratado mucho siendo conventual de Reus y por lo visto continuaba atendiéndola desde su nueva residencia cuando la hermana falleció. En ella se descubre una hermosa y probada alma que tan pronto le hallamos engolfada en arrebatos de amor y unión con Dios como abatida “en una ausencia de Dios tan grande, que me acaba el natural”, dice ella misma (8-XI-1722). El propio confesor nos ha trazado a grandes pinceladas el juicio que tenía de la dirigida: “Una de las más puras almas que he tratado, y que en todo el discurso de su vida, no he encontrado cosa que le quitara la gracia bautismal... Nunca reconocí en ella el menor humor de propia estimación” (10-XI-1723). El hecho de que a los pocos meses de fallecida mandaran los superiores recoger todos los escritos por la fama de santidad es bastante elocuente. El asunto parece estuvo

21 El P. Francisco de Jesús María (Arajol) gozó de mucho crédito en la provincia carmelitana de Cataluña desempeñando diversos cargos y muriendo en olor de santidad el 29 de marzo de 1750. Familiares suyos se interesaron después de muerto para que fueran conocidas sus virtudes, publicando incluso su retrato.

encomendado al P. Antonio de Santa Teresa, profesor en los carmelitas descalzos de Reus, y como frutos prácticos no conocemos otra cosa que las susodichas cartas que suman hasta veintitrés, y otras dos del confesor del citado padre y un resumen de las virtudes de la Hna. M^a Antonia, cuyo cuerpo se conservó incorrupto hasta la quema de 1936.²²

VI. PRIMER CENTENARIO - LOS FRANCESES - EXCLAUSTRACIÓN DE 1835 - ÉXODO DE 1868

Los cien primeros años constituyen el siglo de oro de la comunidad reusense: edificación del convento e iglesia, florecimiento de muchísimas religiosas muertas en fama de santidad, y sobre todo una vida regular transcurrida en un ambiente de paz y armonía dignas de encomio. El bienestar y la quietud monacal duraron otros cincuenta años más, hasta que llegaron los tiempos calamitosos de las exclaustraciones forzosas, con los perjuicios que cabe suponer. Desgraciadamente tenemos muy pocas noticias a partir de los comienzos del siglo XIX, pero quizá los suficientes para formarnos idea exacta de los calvarios por que pasaron desde 1808.

El 24 de diciembre de 1808, hacia las ocho de la mañana –“ante la inseguridad que infundía la presencia de los franceses”– los superiores religiosos mandaron sumir el Santísimo Sacramento y abandonar el convento. No sabemos el tiempo que duró el destierro claustral –se nos antoja pensar fuera en esta ocasión muy corto– si bien nunca faltó quien vigilara de cerca las vicisitudes de la casa religiosa.

Un segundo éxodo, más prolongado que el anterior, lo constituye la tristemente famosa exclaustración religiosa de 1835. El 22 de julio del citado año, fueron quemados en la ciudad los conventos de frailes y asesinados vilmente muchos de sus moradores. Los incendiarios habían tenido que pasar forzosamente por delante del convento de nuestras monjas, por lo menos cuando se dirigían a saquear el de San Juan, pero en aquella fatídica noche no se acordaron de ellas.

Antes parecía que las autoridades estaban dispuestas a apoyarlas con la condición de que se prestaran a “la ensenyansa de cusí y brodá gratuítament per las noyas de edat de vuyt a catorze anys”,²³ según decía un bando municipal (2-VIII-1835). No creemos llegara a ponerse en práctica, porque el seis del mismo mes las obligaron a abandonar el monasterio que el ayuntamiento cuidó de cerrar y sellar quedando la iglesia abierta al público, seguramente bajo el cuidado del Sr. Capellán. La comunidad se componía por entonces de veinte religiosas y cada una tuvo que habérselas para lograr hospedaje. Nos consta que dos –Teresa de la Misericordia y María de San Elías– se refugiaron en el convento de sus hermanas en religión de Lleida,²⁴ otras –la Hna. María de Jesús y Hna. María del Espíritu Santo (Quer e Ibero)– buscaron la paz del claustro en carmelos franceses (Narbona y Burdeos) hasta mejores tiempos. Entre tanto el convento se destinó a cuartel militar y luego (23-VI-1842) fue cedido por el gobierno al ayuntamiento, con la recomendación de “que cuando se llegue a verificar [dicha expropiación] haga desaparecer de los mismos todo emblema y signo exterior que represente su anterior desti-

22 Todos los datos de esta religiosa los hemos sacado de una libreta que conservan las Madres de Reus con unas 23 cartas y un pequeño resumen de la vida de dicha hermana que no sabemos si están tomadas del original directamente.

23 TODA, p. 163.

24 Así consta de un certificado rubricado por la priora y clavarias de Tarragona (18-IV-1836) extendido a favor de las dos religiosas reusenses que luego de expulsadas de su convento buscaron asilo en el de sus hermanas en religión de Lleida.

no”.²⁵ Ignoramos los efectos prácticos de esa orden, el caso es que a 20 de junio de 1849, volvía a ponerse el convento en manos de sus legítimos dueños.²⁶ De esta época es la lista de las 14 religiosas que subsistían al prolongado destierro que después del Concordato español con la Sta. Sede (1851) fueron aumentando con nuevas estudiantes, y así vemos profesar a cinco novicias en el primer semestre de 1852. La paz claustral duró relativamente poco, diecinueve años escasos.

Los anteriores trastornos políticos fueron más o menos turbulentos para las religiosas, pero al menos respetaron la morada conventual. Ahora, la revolución del 1868 echaba a las monjas de casa y procedía a la demolición del convento e iglesia dos veces centenarios, testigos mudos de tantas vidas y hechos ejemplares, pararrayos de la justicia divina y fuente de providencias de Dios para con tan noble como ilustre villa de Reus. El 29 de septiembre de 1868, la Junta Revolucionaria ordenó a las monjas abandonar el convento en menos de veinticuatro horas, y el 8 de octubre, en sesión plenaria, acordaba “derribar inmediatamente el convento de la plaza de las monjas”.²⁷ Las pobres religiosas, en grupos de tres o cuatro, fueron saliendo de la santa morada, vestidas de negro, cubierto el rostro con los velos monacales, los ojos bajos, bebiendo el cáliz del destierro y al amparo de la providencia de Dios... A los pocos días pudiéronse reunir en el convento de carmelitas descalzas de Tarragona, que fraternalmente las ofreció hospedaje entre los benditos muros de su convento por espacio de siete años. Atentas a las vicisitudes del monasterio reusense y gracias a sus diligencias lograron “la entrega de cuatro carros cargados con los muebles, y enseres que poseían” (ibid.), así como la debida autorización “para sacar de la iglesia conventual, el altar mayor, el órgano, distintos altares e imágenes, y cuadros” (ibid.). Incluso las permitieron llevar las dos campanas de la torre.²⁸ Sin embargo, no podían conformarse con la arbitraria expropiación; el convento y la iglesia les pertenecían, y la propiedad debía volver a sus legítimos dueños. Por esto cuando el gobierno español favoreció el orden, las religiosas iniciaron los trámites de reivindicación. A ese efecto escribió la M. María del Espíritu Santo, superiora de la exiliada comunidad, desde Tarragona,²⁹ al Sr. Alcalde de Reus como ya lo hizo ante el Gobierno de Madrid. Hemos visto un borrador del Sr. Arzobispo al Ministro de Hacienda (1-V-1876) interpretando los deseos de las monjas descalzas. Dos años largos duraron los trámites que por fin se solucionaron a favor de las carmelitas. A 5 de julio de 1878 comunicaba el Ministerio al Sr. Arzobispo “Sobre cómo el Rey ha declarado nula la cesión a propiedad que hizo el Gobierno a la ciudad de Reus del terreno o solar de las Madres”.³⁰

VII. NUEVA MORADA CONVENTUAL - LA M. MARÍA DEL ESPÍRITU SANTO (QUER E IBERO)

Hacia fines de 1875 volvían a reunirse en Reus, en una casa de don Fernando Gasset, núm. 20 de la calle de Montserrat, en espera de mejores locales para levantar otro convento que continuara la gloriosa historia de la comunidad descalza tantas veces mártir.

Por fin, con el dinero de la venta de los solares antiguos completamente demolidos, limosnas, dotes y no pocos sacrificios pudieron adquirir unas casas de la calle de la

25 Hemos visto una copia del citado documento en la curia de Tarragona, sig. “Religiosos de Reus”.

26 FORT, p. 64.

27 Ibid., p. 18.

28 Ibid., p. 19.

29 A fecha de 20-III-1875, cuyo original se guarda en el Ayuntamiento.

30 En la curia de Tarragona, sign. “Religiosos de Reus”.

Amargura (hoy de Cervantes), acomodarlas a convento y levantar una pequeña iglesia – la que actualmente existe– a donde se trasladaron el 9 de marzo de 1877, gracias al temple varonil de la emprendedora M. María del Espíritu Santo, alma de la nueva restauración. El 1 de febrero de 1884 se inauguró solemnemente la iglesia, en la que se colocaron retablos, imágenes y altares que se habían salvado de la antigua, perdidos ahora con los saqueos y quemas de 1936.

El día 27 de agosto de 1818, festividad de la Transverberación de Santa Teresa, venía al mundo, en la casa señorial de la Boella, de Reus, hogar de sus nobles progenitores, una niña que recibidas las aguas regeneradoras del santo bautismo se llamaría para el siglo Josefa María de Quer e Ibero, “que fue ejemplo de obediencia filial y de respeto a sus superiores, y que estaba dotada de una gran humildad, que a todos cautivaba”.³¹ El primero en prenderse de estas bellas dotes fue nuestro Señor al llamarla a la vida religiosa a la temprana edad de quince abriles. Aun cuando el ambiente político de la España de 1833 no presagiara vientos favorables para el claustro, encerróse voluntariamente en el convento de carmelitas descalzas de Reus, donde profesó el 11 de enero de 1834. Convertida en hija de Santa Teresa se dio de lleno a la consecución de las virtudes características de la Sta. Madre que muy pronto la hicieron una auténtica carmelita; virtudes que la acompañaron en los difíciles años que siguieron a la profesión religiosa. En agosto de 1835 fue arrojada, juntamente con sus hermanas de hábito, del convento, y en busca de la paz monacal cruzó los Pirineos para vivir en conventos de Francia. El año 1860 –restablecida la comunidad en Reus y corriendo el segundo centenario de la fundación– fue elegida priora del convento (1860-63) y reelegida al 1867. En este segundo trienio –que se prolongó diez años– tuvo que presenciar el más calamitoso destierro que ha visto la comunidad, con la profanación y destrucción completa del convento e iglesia. Como ejemplar superiora estuvo siempre al frente de los problemas que fuera del claustro y sin convento hubieron de afrontar las sufridas carmelitas; trabajó muchísimo para lograr la propiedad e indemnización de los bienes incautados por los revolucionarios, con quienes se enfrentó en más de dos ocasiones, para salvar cuanto le fue posible del vandalismo impío; sostuvo la observancia regular en medio del destierro, y por fin consiguió restaurar la comunidad en la actual residencia. Satisfechas, las monjas del maternal gobierno y relevantes dotes de la madre María fue elegida por tercera vez priora (1880-83), muy a pesar de su voluntad que prefería vivir como una religiosa más. Moría santamente el 25 de junio de 1883, venerada de cuantas la habían tratado, “evocada por todos en las graves ocasiones en demanda de un reflejo de la sobrehumana fortaleza, de la que había dado tantos ejemplos”.³² Nos la han pintado de estatura alta, rostro gracioso, grandes ojos negros bondadosos y expresivos y boca “iluminada siempre de inteligente risa” con un porte exterior tranquilo y afable” (ibid.). El año 1943, fue colocado su retrato en la Galería de reusenses ilustres del Palacio Municipal.

VIII. SAQUEO DE 1936 - LA M. MARÍA DE SAN ELÍAS - FIESTAS TRICENTENARIAS

Los acontecimientos de julio de 1936 llegaron hasta las puertas del monasterio sin que las buenas y confiadas monjas se dieran cuenta de la gravedad de los hechos. A eso de las diez de la mañana del día 21 de julio, el populacho hambriento de sangre irrumpió contra el indefenso convento saqueando y profanando la morada carmelitana. Hacía

31 FORT, p. 8.

32 Ibid., p. 10.

muy poco que las religiosas, vestidas de seglar y sumido el Santísimo –que desde la vigilia guardaban en clausura– se habían trasladado a la contigua casa de la demandadera, a donde las encontraron los revolucionarios prometiendo respetarlas. En dos grupos las trasladaron al colegio de María Inmaculada (Camino de Tarragona), para incorporarse poco a poco a sus hogares paternos. Dios N. S. las proporcionó –en medio del destierro– a quien más a quien menos, visibles consuelos espirituales, ya con la sagrada comunión incluso para algunas frecuentemente, ya logrando incorporarse a otras comunidades de allende las fronteras. El convento, incautado por el Comité, se utilizó para “Colectividad Agrícola” y otras finalidades. Tres años escasos duró la dominación roja. Para febrero de 1939, las autoridades nacionales entregaron el convento a las madres, en el más lastimoso estado de conservación y limpieza que cabe suponer. El día de San José pudo celebrarse la primera misa e instalar ya definitivamente el Santísimo Sacramento en la iglesia. También aquí tendríamos que mencionar a muchos devotos de la casa que suavizaron las privaciones de las religiosas con limosnas y ayuda económica, como D. Catalina Piñol, señores Musté Gili, familia Aulestia, etc. Poco a poco fueron regresando las religiosas para reanudar la vida sencilla y encantadora que legara santa Teresa de Jesús.³³

No podemos pasar por alto la vida –siquiera sea brevemente– de una religiosa forjadora de tres generaciones, a quien recuerdan todavía con veneración la comunidad actual. Nos referimos a la M. María de San Elías, fallecida en este convento el 30 de mayo de 1954.

Pobla de Montornés (Tarragona) fue cuna de la M. María, en el siglo María Allé Biosca, nacida el 14 de septiembre de 1862. Educóse en el colegio de carmelitas misioneras terciarias descalzas de Altafulla, y luego pasó a vivir a la Ciudad Condal. En Barcelona continuó su programa de piedad muy bien secundada por la cristianísima familia y bajo la dirección de un religioso dominico. Al cuidado de este excelente director le nació la vocación al Carmen. El mismo día del ingreso (17-II-1888) tomó el hábito de la Virgen del Carmen en el convento de Reus. “Empezó su carrera de carmelita con gran fervor, con una observancia exactísima y gran espíritu de penitencia”.³⁴ Finaliza el año de prueba con la profesión religiosa el 18 de febrero de 1889. “Pronto vieron sus preladas, además de su virtud, su gran capacidad intelectual y no tardaron mucho en consultarla los asuntos más delicados de la comunidad... Y, así como fue más amada en el mundo, lo fue también en el claustro, porque tenía una simpatía tan atrayente y don de gentes tan fino y amable que todas la queríamos mucho y todos los que venían a visitarla quedaban encantados y consolados” (ibid.). Ocupó todos los oficios de una comunidad, desde tornera hasta priora “con esmero y solicitud”, sabiendo acomodarse a las personas y circunstancias que la rodeaban sin humildades tontas y santidades falsas. Cuando la obediencia le encomendaba algún menester doméstico lo ofrecía a Dios y se afanaba para realizarlo lo mejor que sabía. Dos son los cargos de una comunidad religiosa: maestra de novicias y priora, que la M. María de San Elías ejerció ocho trienios, tres de maestra y los restantes de superiora, alcanzando en último cargo la guerra civil española. En esta ocasión, viendo que los revolucionarios iban a asaltar el convento reunió a sus súbditas y con palabras caldeadas de amor a Dios las exhortó al martirio caso de que llegara la ocasión de profesar claramente la fe, cantaron la Salve y el Te Deum, y recibida la Eucaristía, esperaron los designios de la providencia presididas por esta otra madre de los Macabeos.

33 Cf. *Presagios y datos de la exclaustación. Año 1936.*

34 Cf. *Memoria biográfica* de la M. María de San Elías, que nos ha orientado en estas líneas que transcribimos.

Finalizada la guerra dirigió todavía unos años los destinos de la casa regular sumida en la más indigente necesidad, logrando mejorar los fondos económicos del monasterio. La salud fue decreciendo ante los achaques propios de la vejez dejándola casi inactiva para los servicios de la comunidad. Así y todo procuraba atender a las religiosas en mil y mil circunstancias que su caridad se ingeniaba, hasta que el Señor la vino a buscar a los 91 años de edad y 66 de provechosa vida religiosa.

La comunidad acaba de celebrar el tercer centenario en un ambiente tan propicio –cual no le habían tenido las anteriores centurias– que han hecho factibles grandes solemnidades con la participación de altas dignidades eclesiásticas y civiles.

Los días 7 y 8 de septiembre de 1959 tuvieron lugar el “Pregón del Centenario” por el Sr. D. Carlos Giró Puig, a través de Radio Reus, y la consagración del nuevo altar mayor que ejecutó el P. José Salvador de Jesús María, entonces provincial de los carmelitas descalzos de Cataluña, con la inauguración oficial del año centenario a cargo del Exmo. señor Cardenal-Arzbispo de Tarragona, Dr. D. Benjamín de Arriba y Castro.

En el transcurso del año se han asociado a la digna conmemoración el citado purpurado, su Emcia. Dr. D. Fernando, Cardenal Ceinto, protector de la Orden, el Rdo. P. General de los Carmelitas Descalzos, Fr. Anastasio del Ssmo. Rosario y el P. provincial de la Orden en Cataluña, Fray Constancio del Niño Jesús, con sendas cartas pastorales que publicamos en lugar preferente del libro-recuerdo enriquecido también con el telegrama de felicitación de San Santidad y la facultad para impartir al pueblo la Bendición Papal el día de la clausura. Esta tuvo efecto precedida de un triduo en acción de gracias celebrado en la iglesia de las Madres los días 6-8 de septiembre del año en curso.

El primer día –dedicado a la Orden del Carmen– celebróse un oficio solemne, actuando de celebrante el P. Provincial de los Carmelitas Descalzos de Cataluña, Fr. Constancio del Niño Jesús, asistido por los padres carmelitas de Tarragona. El día 7 se hizo una Hora Santa –en pro de la santificación sacerdotal– en la que predicó el Dr. D. Juan Ros Panés, canónigo magistral de Tarragona, dando la bendición con el Santísimo el Excmo. Sr. Obispo Auxiliar metropolitano. El último día –8 de septiembre– celebró la Misa pontifical, a las siete de la tarde, el Emmo. Sr. Don Benjamín de Arriba y Castro, Cardenal-Arzbispo de Tarragona, y predicó la homilía el P. Ángel M^a del Smo. Sacramento, O.C.D.

Todos estos actos fueron patrocinados por distinguidos padrinos –cuyos nombres figuran en las páginas centrales de los programas– a quienes nos place agradecer –en nombre de las Madres Carmelitas– su honrosa presencia y desinteresada colaboración para el esplendor y realce de estas fiestas tricentenarias.

Al poner punto final a esta breve reseña histórica –escrita con sumo placer por tratarse de las madres carmelitas descalzas, pero sin el reposo que tales trabajos requieren debido a otras muchas obligaciones– queremos hacer hincapié en la vida abnegada que viven estas sencillas religiosas siguiendo las máximas de Santa Teresa. Ella, que cuando salía de casa para ingresar a la Orden se le “partía” el corazón pensando en que dejaba a los “suyos”, sabía muy bien el fin sobrenatural para que el Señor “junta” en esos cenobios a esas almas generosas... Gran cosa es dejar a los seres queridos para seguir a Cristo, pero mucho más digno de consideración el vivir cada día y cada hora bajo un horario que regula temperamentos y naturalezas –dentro de una pequeña sociedad, cual es toda comunidad religiosa– para ajustarse a los deberes divinos. La práctica de la virtud requiere sacrificios que estas religiosas ofrecen generosamente para el bien espiritual de la Iglesia, la Orden del Carmen y su querida ciudad de Reus.

Tarragona, 8 de septiembre de 1960.

BIBLIOGRAFIA

1. *Annales/ de los Carmelitas Descalços/ de San Josef/ en el principado de Cathaluña, dedicados al mismo santísimo patriarca/ Padre, y único patrón suyo/ San Joseph/ Escritos/ Por el padre Fray Juan de San Joseph/ Historiador de la misma/ Provincia./* Tomo primero; 19 pp. s. n., 720, 45 s. n.; 31 x 22 cm.; APMicr.; Biblioteca Provincial Universitaria de Barcelona, Ms. n. 991.

Contiene la historia de los carmelitas descalzos de Cataluña hasta 1707, tanto de religiosos como de monjas, con un material informativo de primera mano y muy precioso, más cuanto que el archivo de las Madres, de Reus, ha desaparecido por completo.

2. *Libro donde/ se asientan los nom/bres de los Religiosos. y/ Religiosas difuntas de Nra. Sga. Reln./ con quienes se ha cumplido en esta Nra. Pro/vín^a de Nro. Pe. S. Josef desde el Cap. Geral q. se/ celebró el XXI de Abril, del Año/ de 1652;* ms.; 300 f. s. n.; 20 x 15 cm.; ApMicr.; Archivo de la Corona de Aragón de Barcelona, sign. 254 (Fondos monacales, volúmenes proc. Universidad).

Catálogo de los difuntos de la Orden de 1652 a 1685 según se les iban aplicando los sufragios prescritos. Consta de los datos siguientes: lugar de fallecimiento (seguido de un asterisco para los de la provincia), nombre religioso, lugar de profesión, naturaleza y edades. Las fechas corresponden a la aplicación de los sufragios.

3. *Libro en que se haze Memoria de les Di/ funtos assi Religiosos como Religiosas de/ N^a Sagrada Religion empezando en el Mes/ de Mayo de 1736;* en Barcelona; ms.; 281 f.; 9 x 14 cm.; ApMicr.; Archivo de la Corona de Aragón de Barcelona, sign. 255 (Fondos monacales-volúmenes proc. Universidad).

Catálogo idéntico al anterior y con las mismas características y finalidad.

4. FORT PRATS, Jaime, *La prelada Quer (M. María del Espíritu Santo, O.C.D. 1818-1883). Apuntes biográficos*, Reus: Artes Gráficas Rabassa, 1927; 72 pp.; retr.; 22 cm.

En tres capítulos trata de la M. Quer (venerable religiosa de la comunidad) de Reus, de las prioras que han gobernado la casa y de la historia de la fundación hasta primeros del siglo actual.

Seis de los retratos que publicamos están tomados de esta obra.

5. TODA Y GÜELL, Eduardo, *Los convents de Reus y sa destrucció en 1835*, Reus: Revista del Centre de Lectura, 1930; 167 pp.; il.; 30 cm.

En el apartado "Convent de monjas Carmelites", pp. [157]-166, historia a grandes rasgos de la fundación de las carmelitas descalzas de Reus.

6. Religiosas de Reus; legajos ms., Archivo Archidiecésano de Tarragona. Un pliego titulado: "Reus. Carmelitas Descalzas. Asuntos varios", que contiene unos 60 documentos originales o borradores de correspondencia entre la comunidad y la curia diocesana. Son posteriores a 1835.

7. *Presagios y datos de la exclaustación. Año 1936;* mecanografiado, 10 f. s. n.; 27,5 x 22 cm.; Archivo de la comunidad.

Memoria de los hechos ocurridos a la comunidad durante la guerra civil española de 1936 a 1939 y su restauración.

8. *Memoria biográfica de la M. María de S. Elías (1862-1954) escrita con ocasión de su muerte por la M. Priora Teresa M^a del N. J. Eucaristía*, s. n. t.; 8 pp. s. n.; 23,5 x 17 cm.

ApMicr.: indica que los tales documentos se hallan también en el Archivo de la Provincia reproducidos en Microfilme.

PRIORAS DE LA COMUNIDAD

1560	Catalina de la Concepción, vic.
1664/III/12	María de los Ángeles, vic.
1667	Catalina del Espíritu Santo
1670	María de los Ángeles, II vez († I4-IX-1672)
1672/XII/14	Catalina de la Concepción. II vez († 13-XI-1673)
1673	Catalina del Espíritu Santo, II vez
1676	Ana M ^a de la Resurrección
1680	Ana M ^a de Jesús, prof. Mataró
1683	Ana M ^a de la Resurrección, II vez
1686	María de la Encarnación
1689	Margarita de la Cruz
1692	Ana M ^a de la Resurrección, III vez.
1695	Margarita de la Cruz, II vez († 30-VII-1696)
1696	Mariana del Niño Jesús
1699	Ana M ^a de la Resurrección, IV vez
1702	Agustina de San José
1703	Úrsula de la Asunción
1706	Ana M ^a de la Resurrección, V vez
1709	Úrsula de la Asunción, II vez
1712	Isabel de la Concepción
1715	Úrsula de la Asunción, III vez
1718	M ^a Tecla de la Cruz
1721	M ^a Teresa de San José
1724	M ^a Ángela del Espíritu Santo
1727	M ^a Teresa de San José, II vez
1730	María de la Concepción
1733	Josefa M ^a de San Pedro Alcántara
1736/5	M ^a Teresa de San José, III vez
1738/V	Josefa M ^a de San Pedro Alcántara, II vez
1741	M ^a Teresa de San José, IV vez
1744	Catalina de la Concepción
1747	M ^a Teresa de San José, V vez
1750	Feliciana de la V. del Pilar
1753	M ^a Francisca del Ssmo. Sacramento
1756	Mariana de Jesús María
1759	M ^a Francisca del Ssmo. Sacramento, II vez († IV-1761)
1762	Mariana de Jesús María, II vez († VIII-1704)
1765	Teresa de San José
1768	Francisca de la V. del Carmen
1771	Teresa de San José, II vez
1774	Josefa de San Vicente de Paúl
1777	M ^a Teresa de San Narciso
1780	Teresa de San José, III vez
1783	M ^a Teresa de San Narciso, II vez
1786	M ^a Gracia de San Juan de la Cruz
1789	Ana M ^a de Jesús Nazareno
1792	Josefa de la Divina Pastora

1795	Teresa de San Narciso, III vez
1798	M ^a Gracia de San Juan de la Cruz, II vez
1801	Teresa del Espíritu Santo
1804	Ana M ^a de Jesús Nazareno
1807	Isabel de la Concepción
1810	Josefa de la Divina Pastora, II vez
1813	Isabel de la Concepción, II vez
1816	Teresa de la Concepción († V-1816)
1816	Isabel de la Concepción, II vez
1817	María Isabel de Santa Teresa
1820	María Rosa de la Sma. Trinidad
1823	María Isabel de Santa Teresa, II vez
1826	María Rosa de la Sma. Trinidad. II vez
1829	María Isabel de Santa Teresa, III vez
1832	Teresa de la V. del Pilar († XI-1841).

Exclaustración

1848	Tecla de San José
1851	M ^a Antonia de la Concepción
1854	Tecla de San José, II vez
1857	María de San Juan de la Cruz
1860	María del Espíritu Santo
1863	Rosa del C. de Jesús († II-1865)
1865	Paula de los Dolores
1867/XII/23	María del Espíritu Santo (10 años seguidos)
1877	Salomé de Jesús María
1880/VII/2	María del Espíritu Santo († 25-VI-1883)
1883	Salomé de Jesús María, II vez
1886	Dolores de San José
1889	Salomé de Jesús María, III vez
1892	María de Santa Teresa († 18-I-1893)
1893	Dolores de San José, II vez († III-1896)
1896	Dolores del Patrocinio de San José
1899	Magdalena de la Resurrección
1902	Dolores del Patrocinio de San José, II vez
1905	María de la Presentación
1908	María de San Elías
1911	María de la Presentación, II vez
1914	María de San Elías, II vez
1917	Dolores del Patrocinio de San José, III vez
1920	María de la Transverberación († 15-III-1922)
1922	María de San Elías, III vez
1925	Carmen de los Santos Reyes
1928	M ^a Teresa del Niño Jesús y de la Sta. Faz
1931/V/11	María de San Elías, IV-V vez
1940/I/31	M ^a Teresa del Niño Jesús y de la Sta. Faz, II vez
1943/II/1	Josefa de la Sda. Familia
1946/II/1	M ^a Teresa del N. Jesús y de la Sta. Faz, III vez

1949/II/1	Montserrat del C. de Jesús
1952/II/12	Teresa M ^a del Niño Jesús Eucaristía
1955/II/17	María de San Juan de la Cruz
1958/II/20	Isabel de la Sma. Trinidad